

JRJ, un poeta de acento.

ROCÍO FERNÁNDEZ BERROCAL

Juan Ramón Jiménez consideraba que lo esencial poético se asentaba en «la emoción, el pensamiento y el acento». Pero, ¿a qué se refiere JRJ, el poeta del «nombre exacto de las cosas», con la expresión «accento»? Aunque rara vez menciona esta palabra en sus poemas sí lo hace en sus cartas y aforismos en numerosas ocasiones. A Valle-Inclán le escribe:

Desde La Celestina nadie en España ha alcanzado en ese orden mayor plenitud de sintaxis, dicción y de acento.

Y a Carmen y Cipriano Rivas Cherif les dice a propósito de los primerizos poemas de su hijo Enrique:

De los versos de su hijo quiero decirle que, desde el primer momento, por líneas sueltas, acento y palabra, se adivina una clarividencia de poeta verdadero en jermen.

De Unamuno destacaba su «poder interior, el «accento» seco pero indudable (ya está aquí el buen «accento» —señalaba—), que teníamos perdido desde Bécquer». También se refirió JRJ a su propio «accento» en un poema de su libro *Apartamiento*:

¿Mi acento
no es verdadero?

JRJ vincula el acento al espíritu del poeta. El espíritu es clave para la creación, así también lo consideraron escritores como Goethe («el espíritu debe guiar al talento»), Hölderlin (que habló de «resolver el espíritu en la palabra») o Shelley («la poesía es congénita con el espíritu del hombre»). La palabra griega *pnéuma* (espíritu) procede de *pnéo*, que significa *respirar* o soplar, y espíritu en hebreo, *ruaj*, deriva de una raíz de igual significado. Así las grandes tradiciones vinculan «espíritu» a «aliento», a «hálito», conceptos bajo los que subyace un elemento vivificador, creador y portador de vida. Siguiendo la razón juanramoniana el acento tiene que ver directamente con el «aliento» de la creación, emanación de la gracia natural y de la «inteligencia sensitiva».

El espíritu del poeta debe desarrollarse y estar siempre en marcha, como la obra, como la vida, y ese caminar debe ser hacia dentro, hacia el centro de cada uno, atentos siempre a la voz interior y ajenos a lo exterior que, según Juan Ramón, quita fuerza a la voz del poeta. Debemos ser «quemadores de nuestro espíritu» en un «éxtasis» dinámico guiado por la inquietud permanente. De ahí «sale el acento esencial» para el

poeta de Moguer porque la reflexión y ahondamiento constantes conducen al «éxtasis» que conlleva la poesía y que supone el «acento», que no lo encuentra siempre quien lo busca, que solo viene a nosotros si «nos lo merecemos con nuestra inquietud y nuestro entusiasmo».

Como «éxtasis dinámico» la poesía es rítmica. Juan Ramón recuerda que los bailarines auténticos, «los poetas del ritmo absoluto», tienen que verse por dentro. Y esto, más que con la conciencia, tiene que ver para él con lo intuitivo. Cuando dicen que «el poeta es un pobre ser inútil, que apenas se mueve», JRJ contesta que hay una emoción del movimiento profundo porque la auténtica poesía se conoce por su profundidad emotiva. JRJ habló de poetas con voz de pecho (los de la emoción, los que «pueden llegar a todos»: San Juan de la Cruz, Bécquer, Antonio Machado) y con voz de cabeza (los de razón, que, sin voz de pecho, «difícilmente llegarán a las inmensas minorías»: Herrera, Calderón, Guillén). Asimismo despreció la poesía de artificio, de ingenio, la «habilidosa» en la técnica, a la que llama poesía de «timo y truco», tan alejada para él de la frescura de la «gracia» y de la emoción. Defendió, con Ortega, la aristocracia de espíritu y el sostén espiritual en la poesía y, siempre, la naturalidad y la sencillez.

El acento se encuentra para Juan Ramón precisamente en eso, en lo natural, también en la gracia, en lo sensual, en lo que resulta difícil de conseguir porque supone un «milagro auténtico de la poesía», ese milagro de la gracia y la sensualidad que emana para el poeta de la «embriaguez» y de «lo natural mejor». Los poetas de acento son para él «los poetas auténticos, milagrosos y fatales» y el acento es «lo verdaderamente distintivo de un poeta». El acento aflora en la voz, en una voz, ligada a la esencia de cada autor:

Yo siempre creí, ante todo, en la voz —señala JRJ—; voz que no tenía acento en la mayoría de tales poetas (M. Villa, Salinas, Guillén, etc.) de voces más que de voz.

Crítico con sus coetáneos, en muchos vio ecos suyos, ecos sin acento, voces para él en muchas ocasiones de su voz porque el escritor —ya lo decía Bécquer— tiene que ver con el alma y el «poeta de acento», el poeta verdadero, «pájaro solitario» que diría San Juan de la Cruz, que se va siempre a lo más alto, siempre solo, y canta con suavidad, lleva la impronta en el alma. Es realmente el que «era en un principio» —dice JRJ— y esto sucede cuando los dioses tienen la misma «sustancia» que la de los escritores. El espíritu es divino para el poeta porque es «orijinal»; «lo divino está en nosotros —señala Juan Ramón— como un diamante en una mina». Escribía en su libro *Bonanza*:

Yo, bastante
he tenido
con mi ilusión de luz,
con mi acento divino.

El acento nace de la fusión personal de la poesía con el escritor y va ligado a la exigencia máxima de un poeta. El poeta de espíritu es el que comprende a todos los hombres y se comprende a sí mismo porque deriva de la indagación profunda del ser unida a la verdad. Está deseoso de expresar lo inefable y la belleza absoluta, esa «realidad invisible»; solo el poeta «puede comprender, contener y espresar esa inmanencia sin límites» y la puede transmitir con palabra, con «el milagro musical de las palabras», como escribió Valle-Inclán en *La lámpara maravillosa*: «el alma demiurga está en nosotros, y el verso y el ritmo vuelven a ser creados».

Para JRJ la poesía es para los sentidos frente a la literatura, que copia o comenta lo exterior, que «espresa lo fable, de lo que se puede espresar, de algo posible». La poesía es algo completamente espiritual cuya expresión pretende la belleza absoluta frente a la belleza relativa que capta la literatura en un espejo. La literatura es para JRJ «estado de cultura» y, la poesía, «estado de gracia, anterior y posterior a la cultura». María Zambrano habló de la poesía como don y hallazgo por la gracia.

El acento es lo que JRJ considera que se debe respetar en las traducciones, lo que se debe mantener como esencia de un autor. Es también lo que él denomina «la forma de la huida» del escritor, la gracia esencial, lo que queda cuando el poeta no está, su «forma apasionada de libertad». Lo dice así Juan Ramón:

El estado de gracia poético, el éstasis dinámico, el embeleso rítmico embriagador, el indecible milagro palpitante, de donde sale el asunto esencial (...), es forma de la huida, forma apasionada de libertad.

En su libro *Estética y ética estética* observaba la carencia de ese «éstasis», del acento, en los poetas jóvenes del momento —ya lo apuntábamos—, salvo en Unamuno, Antonio Machado, Alberti, Bergamín o Lorca. A este último le vio, como escribió en sus cartas, «temperamento lírico», «pasión» y «accento», «hallazgos».

La poesía española que ahora se dice «nueva» carece en general de éstasis: pensamiento y sentimiento, es decir, espíritu; por eso no tiene acento.

El acento, el éstasis de la poesía española sigue pasando eterno por debajo de todos los «movimientos». Acento de Jorge Manrique, de Fray Luis de León, de Bécquer, de Unamuno, de Antonio Machado.

Ponderó ese acento especialmente en San Juan de la Cruz, por su misticismo, y, en Bécquer, por su idealismo. Reconoce en los místicos la «poesía verdadera» que también encuentra en la poesía popular porque para él la naturaleza alimenta mejor «el alma de los poetas espirituales». Para JRJ lo espiritual está igualmente en Bécquer y en Unamuno, también en Lorca, pero no lo encontró en su generación. Los escritores del 27 como Guillén o Salinas no tienen acento para Juan Ramón porque carecen de «éstasis espiritual, dinámica espiritual, emoción espiritual; emoción, dinamismo, éstasis, espí-

ritu, gracia, en suma, que estos poetas voluntariosos y testarudos reconocían que les faltaban».

La poesía para él es una suma de todos los valores, ha de ser «integral» y aunar pensamiento, sentimiento, imagen, color, música y emoción. JRJ creó incluso el neologismo de «sentipensamiento» para unir los dos conceptos que consideraba claves en el hecho poético. Para él la poesía se ligaba a los valores supremos de conciencia, igualdad, amor, aristocracia de espíritu y de inteligencia. Esa aristocracia otorga el acento en poesía. JRJ presupone el mejor hombre en el poeta verdadero, el de mayor riqueza ideal y espiritual porque la pureza de espíritu ha de contener la poesía pura. La poesía más fuerte será para él la poesía del pensamiento más alto, un pensamiento con sentimiento que no debe olvidar el encanto. Defendía esta idea citando al poeta y filósofo Jorge Santayana en una carta dirigida a Cernuda:

La poesía es algo secreto y puro, una percepción mágica que enciende el entendimiento un instante, así como los reflejos en el agua, inquietos y fujitivos. Mi verdadero poeta es el que coje el encanto de cualquier cosa, cualquier algo, y deja caer la cosa misma.

JRJ reclama una aristocracia de espíritu en el poeta necesaria para lograr la pureza y el acento. Con «clarividencia» (gracia, emoción) y «cultivo» («éxtasis dinámico» en la búsqueda los valores más altos) el poeta halla su tesoro interior que lo trasciende.

Poeta es el que arranca el tesoro de la inmensidad a la eternidad.